

## 100 LATIGAZOS

No sabía qué le estaba ocurriendo. Todo era tan confuso... Estaba acostumbrada a encontrar una solución para cada problema, despejar las incógnitas para hallar su valor. No era casualidad que estudiara Matemáticas en la universidad. Toda su vida se había regido por la lógica y la exactitud y ahora... Suspiró. Ahora... Cual caja de Pandora que libera el caos, la incertidumbre, las dudas y el desconocimiento se cernían sobre ella. Incomprensión e interrogantes en un mundo que, hasta ahora, había sido lógico.

Todo había comenzado en una clase de ecuaciones diferenciales. No estaba muy centrada aquel día. Por la noche no había pegado ojo y las consecuencias del insomnio empezaban a hacer mella en su mente, a pesar de los cafés que ya había tomado. Y algo apareció... Una persona. De repente, como si surgiera de la nada... Un cruce de miradas fortuito... Y fue en ese momento, en ese preciso e insignificante segundo. Un segundo entre millares y millares de minutos y horas que dan forma a nuestras vidas. Ese segundo en el que, sin saber cómo ni porqué, se dio cuenta de que en algún momento, en algún lugar, sus caminos se encontrarían formando uno solo. Lo sentía, pero no lo entendía. Era como si, dentro de su ser, en lo más profundo, hubiera tenido lugar una reacción química. Un estallido. Millones de chispas. Puede que ocurriera en un universo paralelo... Algún día... Quizás no era tan descabellado pensar que, en este infinito multiuniverso, existieran multitud de universos paralelos en los que todo sería posible. Desde un punto de vista lógico y racional, esto era una hipótesis de la física.

Finalmente, las clases pasaron una tras otra y, mientras cenaba con sus padres y hermanas, intentó no dar vueltas a esos susurros en su cabeza que la estaban volviendo loca. Su hermana mayor ya estaba casada y hacía su vida. Su primer hijo estaba en camino. Una vida ordenada, tomando las decisiones que sus padres esperaban que tomara. Ella era, por edad, la siguiente. Las otras dos eran aún muy pequeñas y sus vidas, inocentes y despreocupadas. “¡Ojalá volvieran esos maravillosos años de la niñez!”, pensaba, absorta, mientras las observaba. Desde luego, ella no tenía ningún interés en casarse y formar una familia. Tenía otras ideas propias, otros planes. Terminar la carrera, eso era lo principal, y luego ya se vería todo. Las relaciones sentimentales nunca le había interesado lo más mínimo.

Hasta ahora.

Un día, otro día. De cara al exterior, ella siempre parecía calmada y serena, pero no era nada más que una ilusión, un espejismo en el vasto desierto. El runrún seguía ahí. Vivo. Latiendo. No había desaparecido. Quizás le vendría bien ir a la fiesta para distraerse y pensar en otros asuntos. No solía ir a fiestas, pero una compañera de la facultad había organizado una discreta celebración por su cumpleaños. Nada malo podría sucederle. La chica era de una buena

familia. Gente seria y acomodada. Además, no iría mucha gente para evitar armar jaleo, así que prácticamente era un secreto. No lo sabía casi nadie en la universidad. Lo más seguro era que 'esa persona' en cuestión no acudiera.

Se equivocaba.

Al igual que erró el gran matemático Euler.

Allí estaba. Entre música de Calvin Harris y David Guetta. Entre Katy Perry y bailes despreocupados. Entre olor a whisky y vodka. Parecía la perfección más absoluta... Pero... No era posible que ella sintiera ese hormigueo. Simplemente no podía ser. ¡Y punto!

Se acercó para preguntarle si quería una copa. Accedió. Nunca había bebido alcohol antes. En su casa, nunca habían tenido más que alguna botella de vino muy esporádicamente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso iba a emborracharse? ¡Claro que no! Estaba tan nerviosa, que necesitaba tener algo entre las manos para fingir cierta calma.

Sin embargo, 'esa persona' lo hacía todo tan fácil... Contra todos sus pronósticos y cábalas, la conversación fluía grácilmente. Le encantaban las matemáticas, eran su gran pasión. Especialmente, la geometría. Exactamente igual que a ella.

El tiempo pasó rápidamente, cual estrella fugaz que, si no miras atentamente al cielo, se pierde en el infinito sin dejar rastro, sin que seas siquiera consciente de su existencia. Todo lo bello y extraordinario son cosas tan corrientes, tan pequeñas... Esas horas que estaba pasando... Esas horas eran extraordinarias.

Tras intercambiar anécdotas y risas, subieron a uno de los dormitorios del piso superior. Apenas había dado un par de sorbos a esa copa. No le había gustado el sabor ni la sensación de ardor en la garganta. Era plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Lo deseaba, pero al mismo tiempo... ¡Esto era una locura! No debería estar ahí. Debería estar en la seguridad de su casa, en su zona de confort. No ante este abismo que se abría inexpugnable a sus pies, dejando caer todo a su alrededor al oscuro y siniestro vacío. Y la siguiente en caer iba a ser, sin duda alguna, ella misma.

Y allí, en esa habitación, tras cerrar la puerta y poner el seguro, sucedió. Algo tan diminuto, tan momentáneo y perecedero. Algo tan delicado que parece que, si lo acaricias levemente con la yema de los dedos, se resquebraja en mil pedazos. Un simple beso. Un huidizo y tímido roce de labios que, no obstante, despertó cuanto había estado dormido en ella. Como un oso que, tras un largo período de hibernación, observa con asombro toda la vida y color a su alrededor. Todo había sido un eterno letargo. Ya, después de este beso, un simple movimiento que responde a una orden de nuestro cerebro, nada volvería a ser como antes. ¿Acaso podría olvidar esa maravillosa sensación? Esa calidez. Las mariposas jugando en lo más profundo de su estómago. No

quería que ese momento tan pequeñito acabara nunca. Algo tan diminuto y una palabra tan grande a la vez. Una palabra tan infinita como 'nunca'.

Bajaron al de poco rato. Aquella noche no ocurrió nada más. Aunque estaban entre amigos y personas de confianza, mejor ser precavida para no dar lugar a habladurías. Ella prefería ser discreta e ir poco a poco.

Por supuesto, hubo más encuentros. Fugaces, momentáneos. Efímeros y perecederos. Siempre en casa de algún conocido, nunca a plena luz del día. Siempre a escondidas. Encuentros clandestinos. Así tenía que ser.

Al fin y al cabo, sus nombres eran Sarah y Zohreh.

Al fin y al cabo, aquello era Teherán.

La capital de un país cuyo presidente había afirmado abiertamente: "¿Homosexuales? Nosotros no tenemos de eso."

Un país en el que por ser mujer y amar a otra mujer podían condenarte a 100 latigazos.